

La Iglesia de San Andrés.

La Iglesia de San Andrés es uno de los monumentos toledanos que más merecen la atención del estudioso y del artista, pues presenta muestras, y algunas de ellas espléndidas, del estado de las artes españolas, desde siglos muy remotos hasta fines del XVIII. Desde el magnífico sepulcro mudéjar de la nave del evangelio (aun sin contar la curiosa planta de basílica latina) y las dos capillas de techo artesonado que marcan dos épocas del Arte hispano árabe; la Capilla Mayor y crucero, que ostentan todos los primores del Arte gótico gentil, y la Capilla de la Paz, de traza greco-romana del siglo XVII, hasta la caja del órgano churrigueresca y el tabernáculo, digno de Ventura Rodríguez o Villanueva, parece que cada siglo ha cuidado de poner en este templo una prueba de sus creencias estéticas, para hacer de él un compendio de la historia del Arte toledano.

En la visita que días pasados hicieron a este monumento varios Sres. Académicos, no dejó de apreciarse ningún detalle ni ningún aspecto especial del mismo; y cúlpese a la mala elección de director de la visita, si ésta nota no contiene nada histórico, nada de epigrafía, nada de lo consignado en libros y manuscritos o conservado en tradiciones. Tengo entendido que la importancia histórica de la Iglesia de San Andrés es grande. Allí se ven gran número de inscripciones curiosas, y las bóvedas están llenas de esqueletos y momias, muchas de ellas de célebres artistas e intelectuales de diversas épocas. En los Archivos debe haber mucho referente a esta Parroquia, y es de desear que otros Sres. Académicos, con conocimientos que yo no poseo, nos den copiosas y curiosísimas noticias históricas sobre el citado edificio. Yo no puedo más que, como artista, al par que escritor muy deficiente, dar una nota borrosa del conjunto de mis impresiones.

En épocas remotas, la Iglesia debió ser edificada sobre la planta de basílica latina. Un espacio rectangular dividido en tres naves por dos filas de soportes, un crucero o nartex, un gran arco triunfal y uno o tres ábsides, debieron formarle; después, como sucede en el ser orgánico, la forma fué conservada, pero a

las piedras latinas o visigóticas fueron sustituyendo como materia los ladrillos arábigos. De entonces datan los restos de portada, aún no del todo descubierta; el precioso sepulcro de riquísima decoración que se mira en la nave izquierda, y tal vez los fundamentos de la torre, así como en los últimos tiempos de este estado los artesonados con colgantes de las dos capillas laterales y la crucería gótica en lo último de la nave central. Mas el siglo XV, época de riqueza y esplendor, halló pobre y mezquino todo esto, y rompiendo el testero de la capilla mayor y naves laterales, las dió salida al nuevo crucero y capilla mayor, donde aumentó los esplendores del arte gótico, derrochando los primores de su mágico cincel y las bellezas de su pintura, ya iniciado en la fe del renacimiento. Después, el barroquismo y los neoclásicos sembraron aquí y allá sus notas discordantes, aunque también refinadas, y apenas hubo ocasión en que el churriguerismo decadente diese tal cual atrevida pincelada en tan hermoso conjunto, con algún retablo antiestético o alguna pintura de mala mano. Tal cual hoy se mira la Iglesia, lo que más atrae como obra de arte, es el crucero y capilla mayor. Su planta ofrece marcada semejanza con la de San Juan de los Reyes, sobre todo en su disposición y líneas generales. Al exterior no presenta más decoración que la de los robustos botareles que la sostienen y un gran ventanal en cada lado del Crucero, terminando en una sencilla cornisa adornada de bolas. Los botareles ostentan sendos y bien tallados blasones, y en el centro del ábside se mira otro de gran tamaño, con su hermoso yelmo ornado de lambrequines, que hace recordar, por su aspecto lujoso, los que decoran la Capilla del Condestable en la Catedral de Burgos. Completan el conjunto de esta parte del monumento varias gárgolas, de gran semejanza algunas con las de Nuestra Señora de París, dando a este trozo marcado acento francés. No sucede lo mismo en el interior, donde la semejanza con San Juan de los Reyes es más patente, hasta el punto de que pueda asegurarse fuese un mismo artista quien trazara ambos monumentos. En uno como en otro, multitud de junquillos y listeles arrancando de complicados basamentos, suben marcando todos los ángulos entrelazados por plantas trepadoras de primorosa talla, a formar en las bóvedas sencilla pero rica crucería, dejando centros y espacios en el techo para que campeen preciosos y filigranados rosetones. Las entradas de las naves central y laterales las

constituyen: la primera un arco de toda la altura de la bóveda antigua, y las otras airoso arcos conopiales, adornados de preciosas hojas zarpadas, que terminan en grandes macollas, todo de primorosa talla en piedra de la rosa, como todo el interior de la capilla.

Otros arcos, casi idénticos, forman cuatro hornacinas, dos en cada frente del crucero, que debieron contener cuatro sepulcros, o tal vez los contienen, y que debían completar hermosas estatuas yacentes, estando hoy cubiertos a falta de aquéllas (o tal vez cubriéndolas), por feísimas construcciones de albañilería, cubiertas de pintura moderna, imitando mármoles.

Los tres retablos, el mayor y colaterales colocados al frente de las naves, están en bellos recuadros formados de junquillos y cenefas de plantas caprichosas, ostentando el mayor, como remate, una bellísima cruz llena de adornos, muy semejante a la que se mira sobre la portada del Convento de San Juan de los Reyes, y que parece denunciar la mano de Juan Guas.

Los retablos formados de apilastrados y entablamentos de gusto plateresco delicadísimo, contienen una multitud de tablas de las que por la altura a que van colocadas, no puede verse si no una parte mínima, pero por la cual se juzga el todo como pintura de la más selecta y exquisita. En el altar mayor, las más bajas, que representan a ambos lados una serie de santos de medio cuerpo, creo pueden considerarse como preciosas obras de Juan de Borgoña, el decorador de la gran Sala Capitular de la Catedral. Nada más elegante ni exquisito que el perfil de aquellas figuras, que tienen valor inmenso como siluetas, ni más sencillo en su factura, ni más templado que su colorido. Del mismo valor y de la misma paleta nos parecieron las de los altares laterales. Lamentamos, muy de veras, no poder examinar de cerca las tablas colocadas en las series altas del retablo mayor, donde creímos ver algo característico de los Comontes, con su sabor florentino. En el altar del Evangelio, un muñeco adornado de flores de gusto monjil, nos impidió ver el total de la tabla del centro, que representa un grupo de frailes soberbiamente pintado.

Hay patentes otras profanaciones artísticas en este encantado recinto. Me refiero al severo y rico tabernáculo de mármoles de gusto neoclásico, que aparece entre tantos esplendores, como un señor vestido correctamente de levita entre los cortesanos de Francisco primero, llenos de brocados y joyas. Es una obra buena, pero desentona por completo. Para colocarle, se debió

quitar una estatua de la hornacina central del altar, tapándola con un cuadro de poco valor. Otra desafinación en tan hermoso conjunto, la producen las horribles vidrieras de colores chillones, colocadas por la época moderna en los dos ventanales del crucero. Cuánto más valiera que se hubieran conservado los vidrios sin color que antes había.

Al pasar al cuerpo de la Iglesia, choca una particularidad, que ya en la capilla mayor y crucero nos ha impresionado. Las naves no inciden normalmente sobre el crucero, y, sin duda, para disimular el mal efecto de que el altar mayor se presentase a un lado, todos los ángulos de la construcción gótica, son fuera de escuadra.

Asombra que, artistas tales, no hallasen medio de evitar este defecto, sin destrozar su preciosa construcción gótica. La última parte de la nave, sostenida por columnas dóricas del siglo XVII, también forma ángulo obtuso con lo que debió ser capilla mayor antes del siglo XVI.

De cuantos restos de decorativa mudéjar conservamos en Toledo, quizá no hay ninguno tan exquisito como el sepulcro recientemente descubierto en la nave de la izquierda. El gran arco que lo contiene, está cuajado de primores arábigos. En el fondo, bajo el sitio en que estuvo la inscripción, las siluetas de santos que, como todo, tiene restos de policromía, forman una decoración modelo. La cornisa cuajada de estalactitas, y terminada a los lados por cabezas, forma un conjunto imponente. El sepulcro, ya destrozado, era un arca de piedra, sostenida por cuatro troncos de columna. A un costado existen otros dos troncos de columna, uno con una inscripción árabe, y otro marcadamente romana, acanalado con collarino, y único, según creo, que existe en Toledo.

Sobre el tejadillo del pórtico se ven indicios de una arquería árabe. A los lados de la puerta, y simétricamente colocados, existen dos alhacenas en arco. ¿No denuncia esto la existencia de una gran portada por el estilo de las de Santiago del Arrabal?....

A mi parecer debieran hacerse investigaciones en este sentido.

Los aleros de esta parte de la iglesia y los muros que coronan son de indudable construcción árabe.

Dos artesonados con colgantes de estuco existen en dos capillas a ambos lados de la nave central, formando parte de las laterales. Por la tosquedad de estos adornos parece obra de época bastante reciente (siglo XV o XVI), pues sabido es la promiscui-

dad que, en esta época se hacía del estilo árabe con el renacimiento. Estos adornos colgantes, como las estalactitas, denuncian a mi ver los paños y tapices colgantes con que en Oriente se decoraban las paredes. Algo de esto parece indicar alguna bóveda del Cristo de la Luz. Según yo creo, el tapicero antecedió al arquitecto en las construcciones árabes. ¿Que son sino tapices traducidos en estuco o en cerámica, las decoraciones murales de la Alhambra?.... El tapicero hechó los fundamentos de un arte, como el carpintero de armar creó con sus vigas aleros y armaduras, con sus troncos a medio desbistar y sus vierteaguas, la arquitectura dórica. En las capillas de que nos ocupábamos existen dos grandes sepulcros góticos de idéntica traza a los del crucero. Es posible que, mientras el tallista gótico terminaba sus bellos arcos conopiales, el alharife moro decorase los techos, con los adornos de yesería, según su labor tradicional.

A lo que resta por examinar de la Iglesia de San Andrés, entiendo no debe dársele excesiva importancia. Las pinturas que se enseñan en la sacristía, o sean el gran tríptico que forma un altar y que lleva el retrato del donante, la Adoración de los Reyes en tamaño pequeño, la copia del cuadro de Lot y sus hijas de Guido Reni, etc., no transpasan los límites de lo mediocre. Otro tanto encuentro en la capilla de la Paz, donde las elogiadas cabezas del Ecce-homo y Dolorosa, pienso que no lleguen ni a lo mediocre, ni encuentro allí en qué fijar la atención, como no sea en un cobre cincelado que representa la Purísima, o en la correcta traza grecorromana de la Capilla.

Para terminar, reclamo para el pintor Alejandro Séminus, o Semini, mayor consideración de la que hasta ahora se le ha concedido. Su Calvario, con los retratos del matrimonio donante, muestra cómo este italiano se castellanizó y los grandes puntos de contacto que llegó a tener con Pantoja de la Cruz y Sánchez Coello, sobre todo en los retratos.

Y con esto creo terminado mi cometido, volviendo a rogar a los Sres. Académicos de la sección de estudios históricos, dirijan sus investigaciones a la Iglesia de San Andrés, donde hay mucho, muchísimo, que yo no he podido apreciar por falta de conocimientos históricos.

Vicente Cutanda,

Numerario.